

# Cuarenta minutos de diferencia

María Paula Reyes Ramírez

Estoy perfectamente acomodada y abrigada sobre mi cama. Supongo que duermo hasta que una fuerza extraña abre mi ojo y veo luz por la rendija de la puerta.

¿Será que ya me debo levantarme?, pienso medio dormida y medio despierta. El citófono suena. Como un resorte voy al baño. Agarro mi celular que dejo cargando adentro pues una de las tantas cucarachas que caracterizan mi carácter hipocondríaco es la idea de que me puede dar cáncer si duermo con electrodomésticos al lado.

Me había asegurado anoche de subirle el volumen a la alarma, de cuadrarla para que sonara a las 5:25 a.m. y dejar la puerta del baño entreabierta para que saliera la voz de Enya que hace menos difícil la levantada. Ninguna de las precauciones tomadas sirve pues al prender el celular veo que son las seis y seis minutos. Ya es tarde. Andrés está en el citófono. Calculo que lleva seis minutos esperando.

Lo llamo y le digo que se vaya pues me da vergüenza que me espere; al fin y al cabo, me está haciendo un favor hoy, día de pico y placa. Reflexiono sobre mi pensamiento: Tengo pico y placa o sea que si no me voy con él, no llego a clase de Humanidades. Le ruego que me dé unos minuticos, me “medio” baño, me visto y me pongo una bocanada de crema de dientes. No me agradaría matar a la gente con mi aliento de dragón matutino.

Lista para bajar, entro al cuarto de mi mamá para despedirme a la carrera pero ella me dice que no me puedo ir sin coger el almuerzo. Refunfuñando lo empaco de la forma más mediocre posible y salgo corriendo como una maniática. Claro está, cuando uno está de afán, el ascensor acaba de pasar por el piso. Así que me toca esperar a que le dé la gana de regresar.

Hora: 6 :15 a.m. ¡Qué pena con mi amigo! Nos cogerá el trancón Andrés me está esperando con su mamá al lado. Encima de lo tarde, tenemos que ir a dejarla al trabajo ¡Qué culpabilidad! Nunca había dejado de oír la alarma. Me ha estado pasando últimamente pero siempre alguien en mi casa me salvaba. Lo tomo como una señal de cansancio. Es tanto, que ya se está acabando mi psicorrigidez con la bulla para poder dormir pues ha salido el gen materno de tener sueño liviano... ¡Todo un karma!

Llamo a Anita, mi amiga de la Universidad que vive en el sur, para pedirle que me traiga un peto (la profesora de Genética no nos deja entrar sin el uniforme completo) y una toalla (pienso bañarme entre Humanidades y Genética). Escucho

música en el carro y molestamos con Andrés cantando una alternación de Rock y reggaetón para llegar bien enérgicos a clase.

Me siento débil por la falta de desayuno; puede que yo no coma mucho pero sí seguidito. Intento no pensar en el hambre pero una vez llegamos a la Universidad, después de aguantar miles de trancones por el embotellamiento del sur, toca subir tres pisos para llegar a clase de Humanidades. Llego pálida y jadeando. Repito: ¡Tengo hambre!

Me asara la idea de que no me dejen ir a comer algo. Pido permiso y la profesora Florencia me deja. Pido un pastel Hawaiano y como bebida un Nester. ¡Vuelvo a la vida! Evaluó mi ajetreado amanecer y me doy cuenta que pude dormir cuarenta minutos más... Ahora sí, estoy lista para empezar el día.